

DAROCA TIENE UNA MINA ÚNICA





A nuestro juicio –como resultado de un reciente y laborioso trabajo inédito realizado sobre un hipotético ‘Museo Patrimonial de Aragón’– Daroca ocuparía probablemente el sexto lugar y sería la primera ciudad no catedralicia en la lista por el número de sus bienes patrimoniales y por la calidad de los mismos. Solo le adelantarían Zaragoza, Huesca, Teruel, Jaca y Tarazona, todas con catedral y obispo. Si nos adentramos en los espacios patrimoniales que todas ellas lideran, el espacio darocense ocuparía un quinto lugar. Puntúa y muy bien en trece de los catorce apartados considerados, sobre todo en los de ‘los sentimientos dejan huella’, ‘el arte y sus manifestaciones’ y ‘el hombre se agrupa y se defiende’.

Ocurre que por razones diversas, sobre todo por las prisas que la vida moderna impone, tendemos a sintetizar y la ciudad acaba siendo los Corporales, las murallas, la iglesia de Santa María, una leyenda y unas pastas. Y nos olvidamos de veneras dejadas por peregrinos que pasaron por aquí, del acueducto que acercaba el agua, de la nevera que prolongaba la vida a los alimentos, del palomar que albergaba proteínas con alas o de la plaza de toros de olvidar afanes diarios. ¡Ah, y de la Mina...!

Pocos visitantes de la pequeña ciudad van a ver la Mina, un bien patrimonial que facilita incluso algo tan de moda últimamente, el paseo distendido por veredas y sendas atractivas. Tampoco les animan a hacerlo paneles explicativos ilegibles comidos por el sol o desprendimientos peligrosos no previstos por quienes deberían estar al tanto de que eso no ocurriera. No hay luces pagadas por el usuario para recorrerla de un lado al otro, consumiendo un tiempo que, con la caminata, quizás animaría a la familia a pernoctar en Daroca.

Iglesias románicas, retablos, relojes de sol y juderías existen cientos en nuestro país; aunque los darocenses sean los que más notoriedad han alcanzado, solo en Aragón hubo en torno a quince corporales, dos de los cuales –además de los de Daroca– están vivos y dan origen a interesantes manifestaciones populares aunque no congreguen a autoridades que acuden a lo fácil... Pero Mina solo hay una.

Con antorchas iluminadoras atravesaron antaño la Mina varias comitivas reales que, además de rezar ante los Corporales, venían a “hacer la Mina”, así, a “hacer la Mina”. ¿Qué tenía de especial este túnel para que nada menos que Felipe II y toda su amplia corte vinieran expresamente para ello en 1585? ¿Qué llevó al consistorio de la ciudad a endeudarse por mucho tiempo para poder acometer obra semejante? Felipe II, cabeza de un importante conglomerado de tierras a lo largo del Mundo, vino a “hacer la Mina” porque sabía que se trataba de una obra única en el amplio mundo que él conocía y, desde luego, en Europa.



Cuando el Consistorio darocense decidió empeñarse económicamente para horadar lo que parece un simple túnel, pensó en un ingeniero de contrastada competencia que ya había probado su pericia en Aragón. Se trataba de un ingeniero, arquitecto y escultor de origen francés que se había afincado en Aragón, residiendo sucesivamente en Teruel, Santa Eulalia del Campo y Albarracín, donde murió en 1567. Ya sabían en Daroca cómo había recalcado con éxito los cimientos de la hermosa torre mudéjar de San Martín (Teruel) que se inclinaba (1549-1551), y estaba levantando el hermoso acueducto de Los Arcos para llevar las aguas a Teruel (1551-1558), obras a las que se sumarían las iglesias de Fuentes de Ebro, Santa Eulalia del Campo, colegiata de Mora de Rubielos, catedral e iglesia de Santa María de Albarracín y alguna que otra bella fuente.



Llegaron a un acuerdo y en 1555, con el precario utillaje de la época, comenzaron a horadar el cerro de San Jorge desde ambos lados hasta encontrarse los dos grupos de excavadores el 7 de septiembre de 1560. No obstante, las necesarias tareas de apuntalamiento del túnel, y su aireación con una enorme chimenea, por un lado y, por otro, la construcción de un dique para encauzar las aguas hacia el túnel –la llamada Barbacana– no permitieron entregar las obras hasta 1562. Tenía y tiene el túnel llamado La Mina cerca de seiscientos cincuenta metros de largo, entre siete y ocho de alto y seis de anchura. Como túnel, extraordinario para la época, el siglo XVI, pero como solución a un gravísimo problema de supervivencia, una obra única y pionera. No es el primer túnel hidráulico de Aragón, pues se le adelantó en el siglo I el que canalizó las aguas del primer trasvase hispano entre Albarracín y Cella, pero es el mejor terminado y más capaz de la era moderna en toda Europa. Por eso hay que ir a verla.

¿Por qué ese gasto económico de ruina para el Consistorio que se endeudó durante toda una generación para horadar un túnel? ¿Tan imprevisores fueron los diseñadores medievales de la ciudad que permitieron que su calle mayor sirviera de barranco tras las tormentas recias? ¿Cambió el clima hacia más lluvioso o algún movimiento orogénico cambió la dirección de los barrancos inundadores? Lo cierto es que los barrancos orientados hacia Retascón y Nombrevilla acabaron llevando sus aguas torrenciales hacia la bella Puerta Alta que da acceso a la calle Mayor. Arrancada la puerta, la calle se convertía en barranco y las aguas turbulentas arrasaban todo a su paso inundando casas y bodegas, llevándose, asimismo, la Puerta de Baja, que más de una vez terminó en el relativamente alejado río Jiloca.

Restos visibles quedan hoy de cuando –según la tradición o la leyenda, como se quiera– las aguas arrastraron un pesado ‘ruejo’ o rueda de molino de piedra desde la puerta Alta hasta la Baja que fue violentada con su peso liberando a la calle Mayor de la gran cantidad de agua acumulada en ella. Hoy podemos ver el Ruejo mostrado a todos en plena calle.



En días calmados en los que no llueve torrencialmente que son muchos, a La Mina se le dieron y aún se le dan otros usos, como la de cañada para el ganado que así se ahorra hacerlo por el cerro de San Jorge o la de camino seguro en tiempos belicosos, como durante la Guerra Civil. Pero también puede ser paseo, solaz y una ocasión para tocar Historia viva, porque sobre todo representa una idea brillante que fue pionera en Europa que sigue siendo necesaria y útil hoy. Sin duda merece una visita mientras recordamos alguna de las múltiples leyendas que la adornan sin ser vistas, alguna de tantas de las que Daroca es rica, comenzando por la de las ocas de su escudo.